



# Chapucensis

Associació de Modelistes Navals i  
Estudis Marítims de Barcelona

Joaquín GUIRADO – español

Entrevista en el Museu Marítim de Barcelona, el 12 de febrero del 2015

Escrito el 8 de marzo del 2015

No sé cuánto llevábamos hablando, había perdido la noción del tiempo. Debo decir que no recordaba una conversación semejante; fluida, culta, profunda. Sin embargo, el interés por los distintos temas y la manera que tenía de tratarlos aquel muchacho, no era óbice para darme cuenta del contraste entre su aspecto y la inteligencia que desprendía. Era una tarde de domingo contemplando aquel paisaje, el más simple imaginable: Una inmensa planicie de color rosado; la línea borrosa del horizonte y el manto celeste de azul deslavazado, con los matices que le confería los reflejos del sol poniente dentro del mar.

Aquella plática, inicio de nuestra amistad, no tuvo final; la reemprendimos una y otra vez a lo largo de cuarenta años y; en definitiva no concluyó jamás; inclusive, después de su deceso la conversación sigue inconclusa.

Nunca he tenido noticia de una relación parecida, en abarca mi propia familia y ha terminado prolongándose en la suya. Una amistad sincera y fuerte, entre dos personas, que curiosamente somos muy diferentes, que nació y se desarrolló bajo el sol africano del trópico, a miles de kilómetros de casa, en ese ambiente de dureza y dificultades extremas.

Al oeste del desierto, muy cerca del océano Atlántico, al borde del cauce seco, en aquella ciudad singular de casas de adobe, flanqueada por el campamento beduino de tiendas amontonadas; allí nos juntó el destino camuflado de reemplazo.

De regreso a casa, retomada la normalidad, se terciaba prepara la boda con mi prometida. Invitado a cenar, mi amigo acudió desplegando su espléndida humanidad, sabiendo que era necesario dismantelar las reticencias de mi novia, o perdería el amigo. Comunicarle la invitación para asistir a la ceremonia resultó la excusa perfecta para consagrar la amistad. Anna pudo conocerlo y tomarle aprecio. Un hombre con una sensibilidad que ella, cómo mujer pudo valorar.

Cuando viajaba desde Zúrich, donde residía y Coria del Río, para visitar a su madre, su alto en el camino era Sant Pol de Mar para vivir una etapa más de nuestro interloquio. En estas ocasiones, el único obsequio que le tolerábamos era un surtido de chocolate. Por su parte él nos acogía en Suiza cada vez que a nosotros se nos antojaba visitarle. Lo cual ocurría una vez al año, cómo mínimo.

De repente, su intensa vida se vio alterada. Su madre cayó enferma y para cuidarla abandonó el trabajo, el marido y la residencia. Dos años más tarde la madre muere, él encuentra un nuevo compañero y le comunican el diagnóstico fatal.

Ha comprado una casita en Sotiel-Coronada, un pueblo minero en la cuenca del río Odiel, ambiente que le recuerda su infancia por el oficio de su padre.

Allí, nosotros seguimos visitándole para disfrutar de su compañía, desplazándonos en auto caravana, lo cual nos dota de gran libertad y autonomía.

En este viaje lo encontramos muy afectado por la enfermedad que se está apoderando de su cuerpo y también de todas facultades. Sufrimos a la vez, con él. Intentamos distraerle de su desasosiego. Tarea durísima y de escaso éxito.

En nuestra inquietud por aliviarle. Le proponemos un paseo nostálgico por su Andalucía querida. Pensamos que el viaje contribuirá a desviar su atención de lo irremediable.

Recordamos, con él las vivencias en África, desde el campamento de reclutas, hasta el cuartel de la Agrupación de Tropas Nómadas, pasando por Hagonia. Los largos y tediosos meses, el paisaje sobrio y las exóticas expresiones de los habitantes del desierto.

La impotencia nos corroe empujándonos a imaginar soluciones imposibles. Finalmente, llevados por la desesperación le proponemos llevarlo con nosotros al Hospital de Mataró donde Anna trabaja de enfermera.

Por descontado el viaje resulta penoso, pero todo cuanto podamos hacer y sufrir, no nos importa si con ello podemos contribuir a su alivio y mejora, por nimio que sea.

Han pasado casi tres meses y el proceso morboso avanza imparable, Ana y yo nos turnamos para que esté acompañado en todo momento. José Antonio es totalmente consciente de su estado y hoy, cuando los dos estábamos con él nos ha comunicado su decisión: Quiere que le dejen morir dignamente, eliminando todo tratamiento medicamentoso, antes que mantener su cuerpo con vida, a toda costa, con menos cabo de su consciencia. Además del padecimiento físico, se suma la visión terrible de un futuro incierto donde, además de los dispendios dinerarios, la vida de su cuerpo maltrecho, no contendría el complemento de su consciencia inteligente y lúcida que le ha acompañado siempre.

Consultados los médicos que lo atienden y con los buenos oficios de mi esposa, acabamos trasladándolo al hospital Juan Ramón Jiménez de Huelva, desde donde llevarlo a su casa será fácil. Un viaje aun peor que el de ida, debido al estado del enfermo. Mientras Anna lo acompaña en la ambulancia y les sigo con la auto caravana. Los últimos días en el pueblo se presentan trágicos y, al mismo tiempo gloriosos. Un hombre preocupado por la gente, de carácter y personalidad cautivadores, huyendo de los frívolos tópicos andaluces. Detrás de la primera impresión, aparece un estilo personal henchido de cultivada inteligencia y delicada sensibilidad. Republicano por naturaleza, fundador del Partido Socialista Obrero Español, amigo, entre otros de Felipe González. Mecánico tornero de oficio y humano por vocación.

Después de vivir el refinado glamur del ambiente del espectáculo y la moda, de la mano de Enrri, su primer marido en Zúrich, se prepara a morir con temor, pero también con la valentía del que sabe a qué se enfrenta, acompañado de su nuevo amor, Manuel, sus hermanas i yo, su mejor amigo, cosa que me sorprende, incluso después de tantos años y, por descontado me honra.

Joaquín Rovira,

Según la narración de Joaquín Guirado